

# Agujero en mejilla quebrada

Fragoso Mora, María

2017

---

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/4049>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>



## AGUJERO EN MEJILLA QUEBRADA

**María Fragoso Mora<sup>1</sup>**

**C**uando quedó inconsciente mi cuerpo, cuando me di cuenta de que ya no podía moverme, noté que se empezaba a quemar todo lo demás que ya no me servía.

Quien vino a visitarme supo que estaba postrada eternamente en una cama con colchón mullido y sábanas

---

<sup>1</sup> María Fragoso, oriunda de la Sierra norte de Puebla, fue ganadora del tercer lugar nacional en el concurso de cuento corto interactivo “La experiencia de leer” en 2014, organizado por la Dirección General de Bibliotecas, de CONACULTA con su cuento-corto “Carcafacia”. Se introduce en el mundo editorial con la primera publicación de sus cuentos: *Puntos Fugaces* (Editorial Lunetario, 2015) y recientemente ha publicado su primera novela *Las nubes del suelo* (Editorial de la 3 norte, 2018). Es ilustradora de diversos textos para niños y jóvenes, colabora con artículos académicos en la revista *Opción* del ITAM y la revista *Rúbricas* de Ibero Puebla. Continúa sus estudios en Literatura y Filosofía en la Universidad Iberoamericana Puebla y es docente y promotora de talleres de escritura creativa y artes plásticas.

de mil tejidos. Ellos creían que abriría los ojos al día siguiente y que tendría los ánimos de levantarme. Se paraban al lado de mí y me decían que me iba a recuperar, eran cumplidos inútiles. Mi cuerpo no se iba a parar nunca porque ya no lo necesitaba, ya no necesitaba pararme a abrazarlo y decirle que era un imbécil.

Entonces se apareció este personaje. Resulta que no hablábamos en días, pese a los meses eternos de pláticas nocturnas, disque abrazos con futuro. Pero cuando los gritos comenzaron, estruendosos y queditos, nos daban menos ganas de hablar y más de reprochar. Yo sé que todo mi letargo comenzó con un dolor que él no quiso calmar y que motivó a que mis facciones se vieran moribundas.

Cuando él entró en la habitación, ambos sentimos el feo hedor de la pérdida, de la impotencia por no poder hacer nada a favor de mí. Él estaba sufriendo más de lo que yo había sentido cuando me quedé postrada, esperando a que me contestara mis deseos silenciosos de arreglar las cosas. Él no supo que yo me estaba muriendo aún antes de que comenzara la indiferencia entre nosotros.

Colocó su cara tan cerca de la mía que pudo contar mis poros, me olió como si quisiera sacarme el perfume, se acercó tanto a mis ojos que pareció desconocerme, luego se levantó un poco y me reconoció como en aquellos



Fotografía: Intervención sobre original de freepik

días. Yo sé que me quería tocar. Como quien toca la niebla, que seduce por lo volátil, cuando es corpórea, uno tiene ganas de arañarle y hacerle hartas cosas perversas.

Todo había comenzado por los silencios largos. De pronto el orgullo nos impedía decirnos que nos sentíamos mal; pero cuando me quedé dormida para siempre, ya había olvidado los pellizcos y las quemaduras, ya no me acordaba cómo era pasarme los dedos por los cabellos ni cómo era su barba picando mi mejilla.

Mis ojos los sentía cada vez más hundidos; tanto, que ya no generaban lágrimas a favor de él. Mi mente estaba perdida en un lugar de donde no había regreso. Ahora que él, el tipo, estaba frente a mi cuerpo inerte, me daba más lástima verlo que morirme. Yo, que hice ruido en su momento.

Ahora él tenía su cara sobre la mía, tenía los ojos hinchados y estaba arriba de mí como lo estuvo muchas veces antes. Ese, quien sintió por mí lo que yo también había sentido por él, derramó una lágrima sobre mi pómulos, luego otra del lado opuesto. Estaba llorando el dolor que yo no le quise causar.

Las lágrimas cayeron tan hondo que me entraron hasta los huesos. Mi personaje, el rey de reyes, miraba las mejillas de mi cuerpo abrirse como si mi piel fuera

de papel quemándose. Y ahí, donde se abrieron los hoyos, apareció un fondo oscuro que no mostraba nada más que eso: un vacío negro que se abría por el efecto de su dolor que perforaba mis mejillas secas.

Aquel no tardó en asomarse a los agujeros que había sobre mi cara, se agarró de los pedazos quemados de mis pómulos y se asomó a la inmensidad negra para ver si me encontraba por ahí. Cuando me vio dentro del abismo de mi cuerpo, me gritó con todo el dolor que yo había sentido cuando él se alejó de mí. Me dijo que no me fuera. Pero él no entendía que mi decisión había sido tomada al tiempo que él me proponía quebrar con todo vínculo entre nosotros, entre todo interés y entre todo afán de deducir mi sensibilidad.

El ardor de sus lágrimas ya se extendía hacia todos los poros que cundían mi cuerpo, y muy pronto yo dejaría de estar ahí. Estaba muy a gusto alejándome del mundo, alejándome de él, el personaje. Si en aquel momento no me sentía perturbada por su llanto, fue porque comprendí que él ya no sería dolor para mí. Se salió de mi cuerpo a tiempo, se salió del agujero de mi mejilla quebrada y vio mi cuerpo postrado, que había sido y ya no estaba. Mi mente había quemado todo lo demás que ya no me servía.